

Beauclair, el barrio obrero, de casuchas temblonas, medio podridas, dormidas bajo el peso abrumador de su miseria y sufrimiento. Aquella era la cloaca que él quería sanear, la antigua cárcel del salario, que se trataba de arrasar, con sus iniquidades y crueldades execrables, para curar á la humanidad del secular envenenamiento.

Y reedificándola en el mismo sitio, colocaba la ciudad futura, la de verdad, justicia y felicidad, cuyas casas blancas ya veía reir entre verdores, libres y fraternales, bajo un gran sol de alegría.

Más de repente, todo el horizonte se iluminó, una llamarada de rosa iluminó los tejados de Beauclair, el promontorio de los Montes Bleuses, la campiña inmensa. Era una sangría del horno alto de la Crecherie, que Lucas había tomado al pronto por una aurora. Y no era una aurora, era más bien un ocaso, el del viejo Vulcano, torturado en su yunque, que lanzaba su última llamarada. El trabajo ya no sería más que alegría y salud; *mañana* iba á nacer.

LIBRO SEGUNDO

I

Pasaron tres años, y Lucas creó su fábrica nueva, que hizo nacer toda una ciudad obrera. Los terrenos ocupados abarcaban más de un kilómetro cuadrado, en la falda de los Montes Bleuses, un vasto erial, en ligera pendiente que iba desde el parque de la Crechêrie hasta los amontonados edificios del Abismo. Los comienzos tuvieron que ser modestos; se utilizó solo una parte del erial, reservando lo demás para los ensanches que se esperaban, en el porvenir. La fábrica estaba pegada al promontorio de peñascos, debajo del horno alto, que comunicaba con los talleres por dos montacargas. Lucas, esperando la revolución que debían de causar los hornos eléctricos de Jordán, apenas se había ocupado en el horno alto, mejorándolo en los detalles, y le dejaba funcionar en manos de Morfain según la antigua rutina. Pero en la instalación de la fábrica, había realizado todos los progresos posibles, desde el punto de vista de las construcciones y de la maquinaria, para

umentar el producto del trabajo, aun disminuyendo el esfuerzo de los trabajadores. Y hasta quiso que las casas de esta ciudad obrera, construidas cada una en medio de un jardín, fueran mansión del bienestar en que florece la vida de familia. Unas cincuenta ocupaban ya las tierras próximas al parque de la Crechérie; una aldehuela que iba caminando hacia Beauclair, pues cada casa nueva era como un paso más hacia la ciudad futura, en la conquista del pueblo viejo culpable y condenado. Luego, en el centro del terreno ocupado, Lucas había hecho levantar la Casa-Comunal, un gran edificio en que estaban las Escuelas, una Biblioteca, una Sala de reuniones y fiestas, Juegos, Baños. Esto era lo único que conservaba del falansterio de Fourier, dejando á cada cual construir á su gusto, sin obligar á nadie á alinearse, y sin creer necesaria la comunidad más que para ciertos servicios públicos. En fin, detrás fueron creándose Almacenes-generales, ensanchados de día en día, una panadería, una carnicería, una abacería, sin contar los vestidos, los utensilios, los enseres menudos indispensables; toda una cooperativa de consumos que respondía a la cooperativa de producción que era el régimen de la fábrica. Sin duda, esto no era todavía más que un embrión, pero la vida afluí, la empresa podía ya juzgarse. Lucas, que no hubiera adelantado tanto, si no hubiera tenido la idea feliz de interesar á los obreros constructores en su empeño, estaba satisfecho, sobre todo, de haber podido recoger todos los manantiales esparcidos entre las peñas de lo alto, para bañar con ellos á la ciudad naciente, con las ondas de un agua fresca y pura que lavaba la Casa-Comunal y la fábrica, regaba los jardines, de espesa verdura, y corría por todas las viviendas llenándolas de salud y de alegría.

Una mañana, Fauchard, el arrancador, se quiso dar una vuelta por la Crechérie para ver á los antiguos compañeros. El, siempre indeciso y quejumbroso, había permanecido en El Abismo, mientras Bonnaire atraía á la fábrica

nueva á su cuñado Ragú, el cual decidió á seguirle á Bourron. Así, allí trabajaban los tres, y á estos era á quien Fauchard quería preguntar, incapaz de una resolución por la imbecilidad á que le habían llevado quince años del terrible oficio, siempre con el mismo movimiento, el mismo esfuerzo en medio del mismo incendio. Su deformación, su pereza de espíritu habían llegado á ser tales, que hacía muchos meses que se proponía hacer aquella visita y no acababa de encontrar la fuerza de voluntad necesaria. Y en cuanto entró en la Crechérie quedó asombrado.

Saliendo del Abismo, negro, polvoriento, cuyos talleres pesadotes, maltratados, apenas tenían luz, que entraba por estrechas vidrieras, era la primera maravilla los talleres ligeros, esbeltos, de la Crechérie, de hierro y ladrillo, de amplios huecos con vidrieras que dejaban entrar como un oleaje el aire y el sol. Los pisos eran de baldosas de cemento, con lo que se disminuía mucho el polvo, tan dañoso. El agua corría abundante por donde quiera, y todo se lavaba mucho. Y como había muy poco humo, gracias á las nuevas chimeneas que quemaban todo el combustible, reinaba allí gran limpieza, fácil de mantener. El antro infernal del ciclope había dejado el puesto á los anchos talleres claros, relucientes y alegres donde el trabajo parecía menos rudo; cierto que el empleo de la electricidad era todavía escaso, el ruido de las máquinas seguía siendo atronador, el esfuerzo humano apenas estaba aliviado. Gracias que, en los hornos de modelar y las hornos de crisoles algunos ensayos de medios mecánicos hasta entonces defectuosos, permitían esperar que los brazos del hombre, algún día, se librarían de los trabajos demasiado penosos. Se estaba en los tanteos, camino del porvenir. Pero era ya un adelanto aquella limpieza, aquel aire y aquel sol que bañaban las grandes salas ligeras, aquella alegría del trabajo que cargaba menos los hombros. ¡Cómo se imponía la comparación sorprendente con las cuevas de obs-

curidad y sufrimiento en que agonizaban las cuadrillas de las viejas fábricas del contorno!

Fauchard creía que encontraría á Bonnaire, el maestro pudelador, en su horno, y se sorprendió al verle, en el mismo taller dirigir un gran laminador que fabricaba rieles.

—¡Calla! ¿Has dejado el pudelaje?

—No. Pero aquí hacemos un poco de todo. Es la regla de la casa: dos horas de esto, dos de lo otro; y á fé mía la verdad es que así se descansa.

También era verdad que Lucas no decidía fácilmente á los obreros que contrataba á salir de su especialidad. Más tarde la reforma se cumpliría, pasarían los niños por varios aprendizajes, pues el trabajo no podía tener atractivo más que variando las tareas y consagrando pocas horas á cada una.

—¡Ah!—dijo Fauchard,—cómo me gustaría hacer algo más que arrancar los crisoles del fondo de mi horno! Pero no sé ni puedo.

El ruido brusco del laminador era tan fuerte que tenía que hablar muy alto. Calló y aprovechó un momento de descanso para estrechar la mano de Ragú y de Bourron que estaban allí muy ocupados en recibir los rieles. Fué aquello para él todo un espectáculo. En el Abismo no se fabricaban carriles y miraba estos con pensamientos confusos que no hubiera sabido explicar. Lo que más le hacía padecer en su aplanamiento, en su degradación de hombre arrojado bajo la rueda que movía, convertido en simple instrumento, era el haber conservado la obscura conciencia de que hubiera podido ser un hombre inteligente, con voluntad. Un poco de luz le alumbraba todavía por dentro como la lamparilla que vela el sueño que jamás se extingue. ¡Qué insoportable tristeza sentir en sí el hombre libre, sano, alegre, que hubiera llegado á ser sin aquel calabozo que le embrutecía donde la esclavitud le había arrojado! Los rieles que se alargaban, se alargaban siempre, eran como una vía, como un camino sin fin por don-

de su pensamiento resbalaba perdiéndose en el porvenir que no tenía para él una esperanza, que no comprendía con claridad siquiera.

En el taller próximo un horno especial fundía el acero; y el metal líquido caía en una gran cuchara de fundición guarnecida de tierra refractaria la cuallo vertía en seguida mecánicamente en los moldes de forma de lingote. Puentes volantes eléctricos, gruas de considerable potencia levantaban, transportaban estas pesadas masas, las llevaban á los laminadores y las conducían á los talleres de pernos y remaches. Para las grandes armaduras de acero sobre todo, las piezas colosales de los puentes, armazones de edificios, construcciones de todos clases, había trenes de laminadores gigantescos que estiraban los lingotes según el perfil que se quería, cimbrándolos también á voluntad y dejándolos listos para ser colocados remachados ó asegurados con pernos. Para las vigas, para los rieles, piezas simples de dimensiones constantes, los trenes de laminadores especiales funcionaban con regularidad y actividad formidable. Después de la calda, el lingote de acero, brillante como el sol, corto y grueso como el cuerpo de un hombre, era cogido, en la primer canal entre dos cilindros que rodaban en sentido inverso; de él salía más delgado, pasaba al segundo juego, de donde salía aun más sutil; y así, de una en otra, la pieza iba tomando forma y al fin el rail salía con su perfil exacto y la longitud reglamentaria de diez metros. Todo esto se hacía con estrépito espantoso: un terrible ruido de mandíbulas, de canales, muñones, alargadores, algo como la masticación de un coloso, pronto á tragarse mascado todo aquel acero. Y los rieles sucedían á los rieles con rapidez extraordinaria, apenas se podía seguir al lingote que adelgazaba, se alargaba, que salía hecho rail, para añadirse á los demás, como si las vías férreas se extendieran sin fin por el mundo, penetrando en el fondo de las naciones más desconocidas, dando la vuelta á la tierra.

—¿Para quién es todo eso?—preguntó Fauchard pasmado.

—Es para los Chinos,—respondió Ragú en broma.

Pero en aquel momento pasaba Lucas por delante de los laminadores. Generalmente empleaba la mañana en la fábrica, dando un vistazo á cada taller conversando como camarada con los obreros. Había tenido que conservar en parte la antigua jerarquía de obreros maestros, vigilantes, ingenieros y las oficinas de contabilidad y de Dirección comercial. Pero ya realizaba serias economías gracias á su continuo afán de reducir cuanto pudiera el número de jefes y el personal de las oficinas. Por lo demás sus esperanzas inmediatas se habían realizado: aunque todavía no se había dado con los excelentes filones de otro tiempo, el mineral actual de la mina tratado químicamente daba á bajo precio una fundición de calidad admisible; y por tanto la fabricación de armaduras y rails de suficiente provecho aseguraba la prosperidad de la fábrica. Se vivía, el número de negocios aumentaba cada año, y esto era para él lo importante, pues su esfuerzo se dirigía al porvenir de su empresa con la certidumbre de vencer si á cada reparto de beneficios los obreros veían aumentar su bienestar, mayor felicidad con menos trabajo. No por esto dejaba de pasar la existencia ojo alerta todo el día en medio de aquella fundación tan compleja que tenía que vigilar, haciendo anticipos considerables, guiando todo un pueblo en pequeño, con cuidados de apóstol, de ingeniero y de hacendista á la vez. Sin duda que el buen éxito parecía cierto, pero todavía ¡cuán precario y á merced de los sucesos! Entre el estrépito Lucas no hacía más que detenerse un minuto sonriendo á Bonnaire, á Ragú y Bourron sin ver siquiera á Fauchard. Agradábale estar en aquel taller de los laminadores; la fabricación de armaduras y carriles le alegraba de ordinario; era aquella la forja buena, la de la paz, como él decía oponiéndola á la mala, la forja para la guerra, la de los vecinos, donde se fabricaban

cañones y granadas á tanto precio y con tanto cuidado; útiles tan perfeccionados, metal tan trabajado con tan fina labor para no producir más que aquellos monstruosos artefactos de destrucción que cuestan á las naciones miles de millones y que las arruinan esperando la guerra, cuando no viene la guerra á exterminarlas. ¡Ah que las armaduras de acero se multipliquen pues, levanten edificios útiles, ciudades dichosas, puentes para atravesar ríos y valles, y que salgan sin cesar los carriles de los laminadores, prolongando sin fin los caminos de hierro para suprimir las fronteras, acercar á los pueblos, conquistar al mundo entero, para la civilización fraternal de mañana! Cuando Lucas pasaba al taller de la gran fundición donde se oía al gran martillo pilón entrar en danza forjando toda la armadura de un puente gigantesco, los laminadores se detuvieron; hubo un momento de descanso para poner en marcha un nuevo perfil. Fauchard entonces se acercó á sus antiguos compañeros y entablaron conversación.

—¿De modo que esto marcha bien? ¿estáis contentos?—preguntó.

—Sin duda, contentos,—respondió Bonnaire.—La jornada no es más que de ocho horas y gracias al cambio de faena se estropea uno menos, el trabajo es más agradable.

Era él, alto y fuerte, con su ancha faz sana y honrada, uno de los sólidos sostenes de la fábrica nueva.

Era del Consejo director y seguía agradeciendo á Lucas el haberle ajustado cuando tuvo que dejar el Abismo sin saber qué sería de él en adelante. Sin embargo, su colectivismo intransigente no se avenía con el régimen de simple asociación que regía á la Crecherie y en el cual el capital conservaba gran parte del beneficio. Protestaba en él, el revolucionario, el obrero que soñaba con lo absoluto. Pero era prudente, trabajaba y animaba á los compañeros á trabajar, con entera abnegación, habiendo prometido esperar los resultados del experimento.

—¿Entonces, es verdad—añadió Fauchard—que ganais mucho, el doble de vuestros jornales de antes?

Ragú quiso chancearse, riendo con malicia.

—¡Oh, el doble; di cien francos al día, sin contar el champagne y los cigarros!

El tal Ragú había, sencillamente, seguido á Bonnaire viniendo á contratarse á la Crecherie. Aunque no estaba mal en aquel gran bienestar relativo, el demasiado orden y la demasiada seguridad debían de molestarle, pues se iba haciendo burlón y comenzaba á hacer chacota de su propia ventura.

—¡Cien francos!—gritó Fauchard sofocado.—¿Tú ganas cien francos?

Bourron, que seguía siendo la sombra de Ragú, tuvo á bien recalcar la broma.

—¡Cien francos para empezar! ¡Y el domingo le pagan á uno el tiovivo!

Pero Bonnaire alzó los hombros con aire de gravedad desdeñosa mientras los otros dos reían con zumba.

—Bien ves que dicen tonterías y se burlan de tí... En resumidas cuentas, después de repartir los beneficios, nuestros jornales apenas son mayores que los vuestros. Sólo que cada vez aumentan y es seguro que llegarán á ser magníficos... Luego, tenemos una porción de ventajas. Nuestro porvenir está asegurado. Nuestra vida es mucho menos cara, gracias á nuestros almacenes cooperativos y á esas casitas tan alegres que se nos alquilan casi de balde... Claro que eso todavía no es la verdadera justicia, pero, así y todo, estamos en camino.

Ragú seguía de broma y sintió necesidad de satisfacer otro de sus odios; pues si se burlaba de la Crecherie jamás hablaba del Abismo más que con feroz rencor.

—¿Y Delaveau? Qué cara pone ese criminal? Si por algo me alegro es por lo mucho que debe de fastidiarle esta nueva fábrica que le han plantado junto á la suya y que lleva trazas de hacer buenos negocios... Rabiará, ¿eh?

Fauchard hizo un gesto indeciso.

—Claro que debe de rabiarse; pero no se le nota mucho... Y luego yo, ya sabes, no me entero; tengo bastante con lo mío sin pensar en lo que aburre á los otros... He oído contar que le tenían sin cuidado nuestra fábrica y la competencia. Dice que siempre tendrá cañones y granadas que fabricar, porque los hombres son muy brutos y siempre habrá matanzas.

Lucas, que estaba de vuelta, oyó estas palabras; sabía que desde hacía tres años el día en que había decidido á Jordán á conservar el horno alto y á fundar la fábrica de aceros y las forjas, tenía un enemigo en Delaveau. El golpe era rudo para éste, que esperaba comprar la Crecherie á buena cuenta, facilitándosele con largos plazos el pago, y que ahora la veía pasar á manos de un joven audaz, lleno de inteligencia y actividad, resuelto á transformar el mundo, y con tal vigor para crear, que empezaba haciendo salir del suelo un embrión de pueblo. Sin embargo de la cólera de la primera sorpresa, Delaveau había llegado hasta á mostrar la mayor confianza.

Se limitaría á la fabricación de cañones y granadas, en la que los beneficios eran considerables y no había temor de concurrencia. El anuncio de que la fábrica vecina iba á volver á los carriles y armaduras le había alegrado al principio con irónica complacencia, porque ignoraba lo que había de la nueva explotación de la mina. Después, cuando había comprendido, al ver los grandes beneficios que daba el mineral tratado químicamente, se había manifestado jugador sin ventaja, declarando á quien le quería oír, que el sol podía salir para todas las industrias y que él dejaba de buen grado las armaduras y rieles á su venturoso vecino, si á él le dejaba las granadas y los cañones. Así pues, la paz no se había turbado en apariencia; las relaciones seguían siendo frías y corteses. Pero en el fondo de Delaveau quedaba una sorda inquietud, el miedo de aquel foco de trabajo libre y justo, tan próximo y

cuya llama podía llegar á sus talleres y á sus cuadrillas. Y aun sentía otro malestar, la sensación no confesada de que poco á poco las viejas andamiadas crugían bajo él; que había allí causas de podredumbre que él no podía dominar, y que el día en que la fuerza del capital faltase, todo el edificio se vendría á tierra sin que él pudiera ya sostenerlo con sus brazos vigorosos y tenaces.

En la guerra inevitable, más dura de día en día, que se había entablado entre la Crecherie y el Abismo y que no podía terminar más que por la ruina de uná de las dos fábricas, no sentía Lucas compasión de los Delaveau. Si el marido le parecía estimable viéndole tan duro en el trabajo, tan valiente al defender sus ideas, despreciaba á la mujer, á Fernanda, y hasta le inspiraba una especie de terror, porque adivinaba en ella una fuerza terrible de destrucción completa. La inmoral aventura que había sorprendido en la Guerdache, aquella conquista imperiosa de Boisgelin, infeliz buen mozo cuya fortuna estaba en camino de fundirse en manos de la mujer voraz, le inquietaba mucho, previendo futuros dramas. Toda su ansiosa compasión la guardaba para la buena y amable Susana, pues ella era la víctima, la única que sentía ver en aquella casa de armaduras podridas cuya techumbre iba á hundirse el día menos pensado. Había tenido que interrumpir un trato muy grato á su corazón; ya no frecuentaba la Guerdache y sólo sabía las noticias que le trataba el azar. Todo parecía ir allí de mal en peor; crecían las exigencias disparatadas de Fernanda, sin que Susana encontrase más energía que la del silencio, reducida á cerrar los ojos por temor á un escándalo. Un día Lucas la encontró en una calle de Beauclair con su Pablo de la mano; le había mirado con fijeza, en sus ojos se leía la pena y la amistad que conservaba, á pesar de la lucha á muerte, que, en adelante separaba ambas existencias.

En cuanto Lucas reconoció á Fauchard se puso á la defensiva, pues era su táctica evitar todo conflicto inútil con

el Abismo. Aceptaba de buen grado los obreros que le llegaban de la próxima fábrica, pero no quería que pareciese que él los sonsacaba. Los compañeros decidían por sí solos de la admisión. Y como Bonnaire le había hablado varias veces de Fauchard, fingió creer que éste venía á ajustarse.

—¡Ah! ¿es usted, amigo mio? ¿Viene usted á ver si sus antiguos compañeros quieren hacerle sitio?

El obrero, como atontado otra vez, indeciso, incapaz de una resolución, empezó á balbucear frases incoherentes. Toda novedad le asustaba, por su rutina y ceguedad de animal amaestrado. De tal modo habían matado en él la iniciativa, que fuera de sus movimientos habituales no sabía hacer nada, lleno de un terror pueril. La nueva fábrica, los grandes talleres limpios y claros le impresionaban como un temible dominio en que él no podría vivir. Ya no sentía más que prisa por volver á su infierno negro y doloroso. Ragú se había chanceado. ¿Para qué cambiar de casa, si nada había seguro? Además, acaso confusamente se daba cuenta de que para él ya era tarde.

—No señor, no; todavía no... y bien quisiera, pero no sé si... más tarde veré, consultaré con mi mujer...

Lucas sonreía.

—Eso es, eso es; hay que tener contentas á las mujeres: hasta la vista, amigo mio:

Se fué Fauchard con paso torpe, pasmado él mismo del giro que había tomado su visita, pues estaba seguro de haber venido con la intención de pedir trabajo si la casa le gustaba y se ganaba allí más que en el Abismo. ¿Por qué, pues, se escapaba turbado por lo que le había parecido demasiado bueno, y con el sólo afán de refugiarse, de sumirse otra vez en el pesado sueño de su miseria?

Lucas habló un momento con Bonnaire, de una reforma que deseaba hacer en los laminadores. Pero Ragú tenía que presentar una reclamación.

—Señor Lucas, el viento ha roto tres vidrios más en la ventana de nuestro cuarto. Y ahora le advierto que no los pagaremos.— Consiste en que nuestra casa es la primera que azota el aire de la llanura. Se hiela uno allí.

Siempre se quejaba; siempre tenía pretextos para estar descontento.

—Además, es bien sencillo; si usted quiere puede pasar por casa y lo verá. Se lo enseñará Josina.

En cuanto entró Ragú en la Crecherie procuró Scurette, y consiguió al fin, que se casara con Josina; y el nuevo matrimonio ocupaba una de las casitas de la Ciudad obrera entre la de Bonnaire y la de Bourrón. Hasta entonces, como se había corregido mucho, gracias al medio ambiente, la paz no se había turbado de modo grave. Había habido algunas disputas por causa de Nanet, que vivía con ellos. Josina, cuando tenía una disputa y lloraba, cerraba la ventana para que no la oyesen.

Una sombra había pasado por la frente de Lucas turbando el placer que le causaba siempre el visitar por la mañana los talleres.

—Eso es, Ragú,—respondió simplemente.—Pasaré por casa de usted.

Cesó la conversación. El tren de los laminadores volvía á funcionar cubriendo las voces con su ruido de masticación gigantesca. Otra vez los lingotes deslumbradores pasaban y repasaban, alargándose á cada vuelta y saliendo en carriles. Y sin cesar los railes se añadían á los railes, parecía que la tierra iba muy pronto á estar surcada por ellos por todas partes. Para conducir á lo infinito la vida decuplada y victoriosa.

Todavía por un momento miró Lucas la labor bien cumplida, sonriendo á Bonnaire; animando con aire de camarada á Burrón y á Ragú, esforzándose por hacer brotar de cada cuadrilla de trabajadores el fruto de amor, con la certeza de que nada sólido fructifica cuando el amor falta.

Salió de los talleres y se dirigió á la Casa-Comunal como hacía todas las mañanas, para visitar las Escuelas. Si con gusto estaba en los talleres del trabajo soñando con la paz futura, más viva era la alegría que gozaba con la esperanza que le animaba al verse en medio de la multitud infantil que era el porvenir.

Naturalmente, la Casa Comunal no era todavía más que un vasto edificio, limpio y alegre en que apenas se había atendido más que á la mayor comodidad lo más barata posible. Las Escuelas ocupaban una sala, y la otra la Biblioteca, los Juegos y los Baños; la sala de Juntas y de fiestas así como ciertas oficinas ocupaban la parte central. Se dividían las Escuelas en tres secciones: una venía á ser Asilo de maternidad para los más pequeños, donde podían dejar á sus hijos, las madres ocupadas, aunque estuvieran casi en mantillas; una Escuela propiamente dicha que comprendía cinco divisiones, con una instrucción completa, y una serie de talleres de aprendizaje á que asistían los alumnos alternando con las cinco clases, adquiriendo así oficios manuales á medida que sus conocimientos generales se desenvolvían. No estaban separados los sexos, niños y niñas crecían juntos, desde las cunas que se tocaban, hasta los talleres de aprendizaje que dejaban para casarse, pasando por las clases donde estaban mezclados, como lo estarían en la vida, sentados en los mismos bancos. Separados desde la infancia los dos sexos, educarlos, instruirlos de modo diferente ignorando el uno lo que es el otro, ¿no es hacerlos enemigos, pervertir y extraviar con el misterio la atracción natural, hacer que el hombre se destroce y que la mujer se reserve, siempre equivocándose?

Y no habrá paz hasta que el interés común se muestre á los que deben ser camaradas, conociéndose, habiendo aprendido á vivir en las mismas fuentes, poniéndose juntos en camino para una vida lógica, sana, como debe ser.

Scurette había ayudado mucho á Lucas en la instalación de las Escuelas. Mientras Jordán se encerraba en su

laboratorio, después de haber dado el dinero que había prometido, negándose en redondo á examinar las cuentas y á discutir lo que se había de hacer, su hermana atendía con pasión al nuevo pueblo que veía germinar y nacer ante sus ojos. Siempre había habido en ella algo de niñera, vocación de educar, de una enfermera; y su caridad que hasta entonces solo había podido llegar á unos pocos infelices que le señalaban Marle, el Cura, el doctor Novarre, ó el maestro Hermeline, se había encontrado de repente con más ancho vuelo, con la numerosa familia de trabajadores que había que instruir, guiar, amar y que eran regalo de Lucas. Desde los primeros días había escogido su tarea ocupándose en la organización de las clases y de los talleres de aprendizaje, pero atenta, sobre todo, al Asilo de maternidad donde pasaba las mañanas entregada al amor de aquellas criaturas.

Cuando le hablaban de casarse respondía algo turbada y confusa, con su graciosa sonrisa de joven sin belleza: «¿Pues no tengo los hijos de los demás?» Había llegado á encontrar en Josina una auxiliar, que tampoco tenía hijos, aunque casada. Todas las mañanas las empleaban al lado de las cunas, amigas ya, á pesar de la distancia que la separaba moralmente, pero unidas por los cuidados que prestaban á aquellos tiernos seres tan graciosos.

Pero aquella mañana cuando Lucas entró en la sala blanca y fresca, encontró sola á Scurette.

—Josina no ha venido,—dijo ella.—Ha mandado á decir que estaba indispuesta; creo que es cosa de poco cuidado.

Lucas tuvo una vaga sospecha y otra vez pasó una sombra por sus ojos.

Dijo lo que iba á hacer, sencillamente:

—Voy á pasar por su casa; veré si necesita algo.

Vino luego la visita de las cunas, que fué un encanto.

En la vasta sala blanca, estaban colocadas, blancas ellas también, á lo largo de las paredes también blancas. Men-

dos rostros de rosa dormitaban, sonreían. Mujeres de buena voluntad, con grandes mandiles que deslumbraban, con ojos de cariño, manos maternales, cuidaban con dulces palabras de aquella tierna infancia, gérmenes tan delicados todavía de humanidad, en los cuales, sin embargo, iba naciendo el porvenir. Pero había también niños ya crecidos, asomos de hombrecillos y de mujercitas, hasta de tres y cuatro años; á éstos se les dejaba en libertad; á los más débiles, en sillas con ruedas, los otros á la buena ventura de sus piernas menudas, sin demasiadas caídas. Daba la sala á una galería llena de flores que comunicaba con un jardín. El gracioso rebaño jugaba al sol, en el ambiente tibio. Juguetes, muñecos sujetos con bramantes para divertir á los más pequeños, mientras los mayores tenían muñecas, caballos, carros que arrastraban con estrépito como héroes, en quien se despertaba la necesidad de la acción. Era un confortativo delicioso aquel mundo pequeño que brotaba de aquella suerte, con tanta alegría, en tal bienestar, para las faenas de mañana.

—¿No hay enfermos?—preguntó Lucas que se detenía con delicia rodeado de aquella blancura de aurora.

—¡Ca, no! Todos están magníficos hoy,—respondió Scurette.—Hemos tenido dos niños con sarampión antes de ayer, pero no he vuelto á recibirlos, ha habido que aislarlos.

Habían salido ambos al corredor por el que siguieron para continuar la visita por la Escuela próxima. Las grandes ventanas de las cinco clases daban también al jardín; y como hacia calor estaban abiertas de par en par, de suerte que sin entrar en las salas pudieron echar una ojeada á todas. Los maestros, desde el principio, seguían un programa nuevo; desde la primera clase en que se tomaba al niño que ni sabía leer, hasta la quinta, en que se separaban de él después de enseñarle lo elemental de los conocimientos generales, necesarios para la vida, se esforzaban sobre todo en ponerle en presencia de las cosas y

de los hechos, para que el saber lo sacase de las realidades del mundo. Tendía también su esfuerzo á despertar en él la necesidad del orden, á dotarle de un método para el uso cotidiano de la experiencia. Sin método no hay trabajo útil; es el método quien clasifica, quien permite adquirir siempre sin perder nada de lo ya adquirido.

Así, la ciencia de los libros quedaba, sino condenada, en segundo término, pues el niño solo aprende bien lo que vé, lo que toca, lo que comprende por sí mismo. No se le hacía doblegarse como esclavo bajo dogmas indiscutibles, no se le imponía la personalidad tiránica del profesor: se encargaba á su iniciativa el descubrir la verdad, penetrarla, hacerla suya. No hay otro modo de hacer hombres; toda la energía individual de cada alumno se despertaba así, aumentada. También se habían suprimido los castigos y las recompensas, no se contaba ni con las amenazas ni con las caricias para obligar á los perezosos al trabajo.

No había perezosos, no había más que niños enfermos, niños que comprendían mal lo que se les explicaba mal, niños en cuyo cerebro la obstinación quería hacer entrar á palmetazos conocimientos que no eran para ellos. Bastaba, si se quería no tener más que buenos discípulos, utilizar el inmenso deseo de saber que arde en el fondo de cada hombre, la curiosidad inextinguible del niño por todo lo que le rodea hasta el punto de fatigar á todos con sus preguntas. La instrucción dejaba de ser una tortura, se hacía un placer sin cesar renovado desde el momento en que era atractiva y se contentaba con excitar las inteligencias, con dirigirlas sencillamente en sus descubrimientos. Cada cual tiene el derecho y el deber de formarse á sí mismo, y es preciso que el niño se forme también, que se le deje hacerse, en medio del ancho mundo, si se quiere que más tarde sea un hombre, una energía que ejecute, una voluntad que decida y dirija. Las cinco clases se iban desarrollando desde las nociones primeras hasta todas las verdades científicas adquiridas, con una emanci-

pación lógica y graduada de las inteligencias. En el jardín había un gimnasio, juegos, ejercicios de todas clases, para fortalecer el cuerpo sano y sólido, á medida que el cerebro se desenvolvía también, enriqueciéndose con el saber. No hay buen equilibrio mental más que en un cuerpo de cabal salud. Para las primeras clases sobre todo, los recreos eran largos, se empezaba por no exigir de los niños más que tareas cortas, variadas, proporcionadas á su resistencia. La regla era encerrarlos lo menos posible, se daban con frecuencia lecciones al aire libre, se organizaban paseos, y se les instruía en medio de las cosas que tenían que conocer, en las fábricas, ante los fenómenos de la naturaleza, entre los animales, las plantas, las aguas, las montañas. A la realidad de los seres animados y de las cosas, á la vida misma se pedía lo mejor de la enseñanza, en la convicción de que toda la ciencia no debe tener más objeto que vivir bien la vida. Fuera de las nociones generales se procuraba además darles la noción de humanidad, de solidaridad. Crecían juntos, vivirían siempre juntos. Solo el amor era el lazo de unión, de justicia, de felicidad. En él estaba el pacto indispensable y suficiente, pues bastaba amarse para que reinase la paz. Este universal amor que se extenderá de la familia á la nación, de la nación á la humanidad, será la única ley de la venturosa ciudad futura. Se desenvolvía este amor en los niños haciendo á cada cual interesarse por los demás; los más fuertes vigilaban á los más débiles, todos ponían en común sus estudios, sus juegos, sus pasiones nacientes. Y el fruto que se esperaba eran los hombres fortificados por los ejercicios del cuerpo, instruidos por la experiencia en plena naturaleza, enlazados por la inteligencia y el corazón, convertidos en hermanos.

Hubo risas, gritos, y Lucas se inquietó, pues no solía faltar á veces un poco de desorden. En medio de una de las clases, acababa de distinguir á Nanet en pie, causa sin duda del tumulto.